

# Deportación a Fernando Poo

---

Anónimo

(Fragmento)

Desembarcamos a pié de la fortaleza, subimos por el camino abierto; nos manda hacer alto la avanzadilla; varios voluntarios sueltos se agrupan a nuestro alrededor; no solo somos atrocemente insultados, con frases que no habian herido nunca nuestros oidos, sino que, empuñando con furia los puñales que la mayor parte ostentan, piden á gritos que se nos fusile. Llegamos á lo alto de la fortaleza; en la calle llamada de los Voluntarios, fórmasenos de dos en dos entre las filas abiertas de los voluntarios del batallon de Lijeros que montaban aquel día guardia; mas de dos horas permanecemos de pié bajo un sol que nos sofocaba, casi hidrófobos por la sed que experimentamos; dos horas de mortal angustia en que la amenaza se une á la burla, en las que los mas groseros insultos silban á nuestros oidos mil veces mas desagradablemente que lo hicieran las balas con que se nos amenaza. Las hojas de los puñales vibran en el aire blandidas por cobardes brazos de ansian descargarlos sobre un pequeño número de hombres indefensos, aprisionados, que contestan á sus insultos y feroces ademanes, a sus ofensas y provocativos dictados, con despreciativo silencio, con tranquila mirada y con faz serena, cuando no con significativa sonrisa o desdeñoso mohin. De uno en uno se nos introduce en un cuarto; en él somos minuciosa y ridículamente rejistrados: minuciosamente porque no solo nos obligan á desnudarnos completamente, hasta quitarnos las medias, sino que introducen los dedos por nuestra cabellera, descosen el forro de los sombreros, aplastan las corbatas, ven bien las pretinas de los pantalones, observan si entre la suela de los zapatos hay algún espacio capaz de servir de escondrijo; ridículamente porque ¿qué arma podemos llevar? ¿qué tamaño pudiera tener para esconderse pudiera entre el pelo? y fuérase cual fuera su importancia ó dimensiones, ¿qué uso hacer de ella, ó contra quien emplearla en oscuro calabozo encerrados, con gruesos barrotes de hierro hechas las puertas, entrando ellos siempre dentro de los encierros armados, en peloton, custodiando la prision gran número con el arma preparada y bayoneta armada? Concluido el registro, fuimos encerrados en el calabozo nº 58 de la misma calle; empieza desde este día 14 de Febrero un nuevo género de tormentos, nuestra vida será un existir milagroso; nunca podemos asegurar que al minuto siguiente aún serémos, continúa capilla que dura treinta y cinco dias; pasa-

rémos por todas las angustias y sobresaltos del reo llegado á tan último trance. Mas tan singular posicion merece capítulo aparte, y será objeto del siguiente.

### III

No estaba vacío el calabozo n<sup>o</sup> 58: en él se hallaban ya diez y seis desgraciados cubanos; á los pocos días de nuestro ingreso entraron cuatro mas, lo que hace un total, con los quince procedentes de Cárdenas, de treinta y cinco individuos, que tuvieron que alojarse en una especie de nicho mortuorio (que tal parecía por su figura y techo abovedado) de solo diez y seis varas de longitud por seis de anchura, lo que dá una capacidad de ciento doce varas cuadradas, de cuyo espacio hay que deducir el ocupado por veinte y cinco catres, un zambullo, una media tina y una tinaja. Es el piso de piedra, de mampostería con lijero revestimiento de cal las paredes y techo; á lo largo de este y aquellas filtra incesantemente el agua, lo que hace que el pavimento esté siempre mojado; en esta perenne humedad vivrémos treinta y cinco dias, durmiendo sobre el suelo, sin nada que nos guarezca de la humedad, tres noches, mientras les es posible ó se permite a nuestras familias el envío de catres; sin mas agua que la que cabe en una pequeña tinaja, que unos dias llenan dos veces, que otras no se logra lo hagan mas que una; apenas alcanza para apagar la sed; imposible emplear la mas corta cantidad en el aseo de nuestra persona. Muchos sacrificios tendremos que hacer de nuestros hábitos, de las costumbres que la educación recibida hace que constituyan una segunda naturaleza; con estremadísima repugnancia que vencer solo puede la mas imperiosa necesidad, forzoso será que freguemos los platos que han servido para nuestra comida en la pequeñísima y no siempre renovada cantidad de agua que contiene la media tina sobre la que se sustenta la tinaja. Pero esto no es nada; tendremos que servirnos todos del mismo recipiente para nuestras necesidades corporales, las que verificamos, pues no hay otro remedio, en el mismo local en el que comemos y dormimos, al pié del mismo servicio; muchas veces al dia habremos de barrer el calabozo, y afortunados cuando, á costa de muchas súplicas, alcanzamos un poco de cal para regar las piedras y oponer un dique á la humedad cuyos morbosos efectos empezamos á experimentar. No podremos muchos dias soportar la hediondez que el zambullo despidе; no nos quejamos porque quizá entonces no lo saquen á la hora de costumbre, pues la experiencia nos enseña ya que las quejas como las súplicas producen, en general, resultado contrario.

Comemos los tres primeros dias de la cantina de la fortaleza; el arte culinario desconoce el nombre y composición de los platos que á buen precio nos sirvieran; una onza diaria le producía al cantinero nuestro solo calabozo, y no es posible decir si es carne lo que negro é informe, elástico y dificilmente masticable, nada en un mar de salsa espesa, con frecuencia llena de moscas y que contiene tres ó cuatro pedazos de patata no siempre sana, de gusto indefinible ya por su calidad, ya porque así se lo trasmita la salsa en que se bañan. No es posible beber vino; la ciencia de los venenos podrá describir alguno de efectos tóxicos mas rápidos, de seguro que no podrá presentarlo de sabor mas

nauseabundo. El plato único y siempre sucio en que es servida la comida, previamente rejistrada con la punta de la bayoneta las mas veces, con el dedo muchas, cuando no con la cuchara sucia de todos los voluntarios que tal reconocimiento les place hacer, no podemos comerla sino con cuchara; prohibido todo instrumento cortante ó punzante, ni tenedores ni cuchillos, por mas que estos no tengan punta, no será permitido, y esto será causa de que nos quedemos sin comer, hasta que ya acostumbrados con nuestra nueva posicion aprenderemos a partir con los dedos, con estos y los dientes embadurnándonos la cara y manos de manteca, los llamados *beafsteaks* de la Cabaña, los pedazos de caucho nombrados carne guisada con papas. Algunos dias después, reciben la mayor parte cantinas de sus casas, lo que no comerán juntos con los otros; el alimento al menos será sano, abundante y bien condimentado, pronto se conocerá el cambio en la mejora que se apercibe en nuestro estado general de salud, pasando por encima de los platos, por falta de espacio, los que tienen que atravesar de un lado á otro del calabozo; sin cubiertos, sin vasos en que beber y sin tranquilidad alguna, porque cuando no son los insultos de los voluntarios que pasan por la calle, se paran en la puerta y ventanas de la prision y dirijen los mas denigrantes epítetos é injuriosos dicerios, será una órden terminante del cabo de cuarto para que saquen inmediatamente las cantinas, porque si no abrirá mas la prisi3n y no se entregaran a los criados. Hay que dejar de comer, practicarás nuevo rejistro en las cantinas; con brutales modos y groseras palabras nos impedirán hablemos al criado, ya para enviar nuestros recuerdos á nuestras queridísimas familias, ó en demanda de algún cambio de alimento. Sobreviene la noche, fúnebre candileja que despiende densas nubes de espeso humo, efecto de la combustión de gruesísima torcida empapada en negra y espesa grasa, producirá mefíticos gases que desvanecerán la cabeza y causarán vahídos a los que cerca de ella duermen. Pasan por la calle numerosos grupos de voluntarios que entonan provocativas e injuriosas canciones dirijidas contra todos los presos; á determinados prisioneros otras. Por el alboroto que producen creería cualquiera que en furiosa bacanal, era uno testigo de escesos ocasionados por prolongada orgía; y bacanal propiamente puede llamarse, porque siempre estas escenas tienen lugar despues que han almorzado ó comido, y sus semblantes vinosos, sus aguardientosas voces, vacilantes pasos y descompuestos manoteos, esplican bien claro que la embriaguez entre por mucho en el amor en que por España creen arder, amor pátrio que desconocen; que no es él lo que ciertamente los anima, que sagrado fuera entonces y nosotros lo respetáramos, por mas que á el fuéramos opuestos; sino los intereses que ven van á perder, el monopolio que no podrán ejercer mas, el fraude y el robo que ya no les será posible. Toques de corneta, llamadas y redoble de tambores que no cesan nunca, que rara vez vemos son obedecidos, hieren incesantemente nuestros oídos y hacen imposible el descanso y el reposo. La diana tocada con singular persistencia á la puerta de los calabozos nos hará despertar bien temprano. Son las ocho de la mañana, los ecos armoniosos de una música guerrera anunciarán que vá á mudarse la guardia; cuando se halle mas cerca oirémos que por paso doble

tocan el Himno de Riego ó el de Espartero; dos marchas que en España anuncian siempre épocas de libertad, que por ello en largas épocas su ejecución ha estado prohibida, y que por horrible sarcasmo los españoles voluntarios de Cuba, las hacen oír siempre que penetran en el recinto donde moran aprisionados centenares de individuos víctimas de su despotismo; donde yacen sumergidos en tenebrosos y húmedos nichos multitud de seres que sin que siquiera se les haya dicho el por qué de su prisión, esperan la muerte con que diariamente se les amenaza.

Es la hora del relevo, hora de mil angustias y ansiedades; ya han aprendido los presos el turno para el servicio que siguen los batallones de voluntarios; ya saben que los de nueva formación son los que peor los tratan; los que mas sucios y groseros les harán sufrir mil tormentos, los que embriagándose despues de almorzar y comer entonarán insultantes y obscenos cantares, los que darán el grito cien veces repetido de «¡á las armas! ¡acabemos con esos cab...!» los que no haciendo caso de los pases concedidos á nuestras familias para podernos ver, desobedecerán las órdenes del Capitan General, contra el que proferirán mil denuestos y groseros dictados; los que dirán que si el General Dulce manda en la Habana, ellos mandan en la Cabaña: los que no cumplimentarán una orden de libertad para uno de los presos, y antes por el contrario, haciendo alarde de la desobediencia esclamarán: «De aquí no sale ni un chicharo, ni uno solo de estos cab...»

Distribúyense las guardias; ábrase la puerta del calabozo, se nos manda poner en doble fila, porque en una sola no cabemos, pásase lista sin que ni un solo dia logremos se lean nuestros nombres y apellidos tan como ellos son; insúltase el oficial lector si sobre ello se hace alguna reflexion, advirtiendo que no va allí a dar lecciones de lectura; se nos cuenta una, dos, tres y mas veces muchos dias, sin que ni en uno solo logren contar treinta y cinco individuos en la primera tentativa; ejecútase esta operacion por un sargento las mas de las veces, como se hiciera con animales, ni una sola palabra decente para indicar la colocacion ó cambio de puesto que se desea; usando el lenguaje mas áspero y tocando con el extremo del dedo en el pecho se dirá uno, dos, tres, etc.; responderán cuando el gefe pregunte si está bien el número ó cuántos son: «ya los he contado, son treinta y cinco individuos». Nuevo centinela que principiará ejerciendo sus funciones no permitiendo asomarse a la ventana ó aproximarse á los barrotes de la puerta; nuevo cabo de cuarto que hará presente no abrirá el calabozo sino cuando le acomode, por mas que haya pasado la hora racional de almorzar ó comer, por mas que hayan transcurrido mas de tres horas que las cantinas se hallan al frente de la prision: nuevo cuerpo de guardia, los voluntarios que lo componen, harán gala de escrupulosidad en el registro de ellas, y hasta el pequeño fuego que para que se mantengan calientes llevarán abajo, lo removerán soplando la ceniza; en el que hasta la sopa de fideos, como si en ella fuera posible ocultar algún papel ó arma, será removida, y para esta operación emplearán la bayoneta cuando no el dedo; en que el pan será partido, inutilizados los tabacos que nos mandan, rajándolos de arriba abajo, y deshechas las cajetillas de cigarros, que a granel

nos entregarán. Vendrá la noche: cada cinco minutos cien voces estentóreas darán un alerta de prolongada duración; el centinela que custodia el calabozo tendrá mucho cuidado en introducir la cara entre dos barrotes de la puerta y con un grito salvaje, indescriptible por lo descompasado, repetirá la alerta, causando en los compañeros de armas homéricas carcajadas que el Dante solo en sus infernales escenas podría pintar. Y sin embargo, esto es lo normal, ni un solo episodio vá descrito que no sea lo diario, hay días extraordinarios, días de escenas nuevas, en que se ejecutan dramas desconocidos: días en los que se disparan los fusiles, en que hay carreras, voces, amenazas de nuevo género, en que es milagroso no perezcamos; en que es hasta una imprudencia por nuestra parte hablar en voz baja; en que el Coronel del batallón de Lijeros viene a la puerta del calabozo a suplicar no lo hagamos, porque sus voluntarios se hallan muy excitados, quieren ejecutar un degüello general, y no responde de ellos.

Mas esos días, muchos en número, merecen la descripción particular que hacemos en el siguiente capítulo.

#### IV

A los pocos días de estar presos en la Cabaña, entra una mañana en nuestro calabozo el segundo Cabo General Espinar, seguido de muchos oficiales y voluntarios, nos manifiesta que estamos en plena libertad de recibir á nuestras familias y amigos, que tambien podemos escribir, que lo único que se nos prohíbe es, que tanto lo que hablemos, como lo que escribamos, se roce con la politica en general ó aluda á los acontecimientos que tienen lugar en el país; nos pregunta tambien si tenemos que darle alguna queja contra los voluntarios; si de ellos éramos maltratados de palabra ú obra. Mucho agradecemos la comunicación en que se nos ponía, por mas que nunca fuera una verdad, porque a ello se opusieron siempre los voluntarios, contestándonos con mil bufonadas y chocarrerías cuando les manifestábamos que así nos lo había expresado y á ello autorizado el General Espinar. Por demas ridícula fué la pregunta hecha por S.E. acerca de las quejas que pudiéramos tener contra los que nos custodiaban, hecha en alta voz y á su presencia; nosotros constamos negativamente, porque así lo exigía nuestra dignidad, nunca nos hubiéramos perdonado el que conocieran que sus instintos y amenazas producian el efecto á que ellos aspiraban, antes por el contrario, nunca oyeron de nuestros labios la menor recriminacion; hubiéramos, sin esta razón, dicho también que no, porque nuestra respuesta afirmativa haría mayor su encono, nos proporcionaría mayores disgustos.

Todavía no conociamos bien á los voluntarios de la Habana, lo que fué causa de que por algunos días alimentáramos la esperanza de que la visita del General Espinar produjera algun resultado beneficioso con respecto á nuestra situacion. Bien pronto habiamos de desengañarnos: en vez de llegar a nuestro encierro alguna autoridad ó juez que nos tomara declaración, en lugar de ver alguna determinación que indicara que en nosotros se pensaba, que nuestra suerte iba á ser legalmente juzgada, cada dia aumentan mas las amenazas de

los voluntarios, tomando un nuevo aspecto: nos dicen que «el pagaré vá á cumplirse», «que entonces efectuarán el cobro» aludiendo con la primera frase á que está próximo el 21 de Febrero, dia en que termina el plazo de amnistía, que para nosotros fuera inútil, que no impidió nuestra prision; con la segunda, que ese dia era el señalado para la Saint Barthelemy de que tanto se nos ha hablado desde que á la Habana llegamos. Nadie ignora los sucesos del día 21 en la Capital; todo el mundo sabe que el 6º batallon de Voluntarios esperó al de Ligeros en el Cuartel de la Fuerza, que reunidos intentaron asaltar las fortalezas y ejecutar el degüello general de presos ofrecido. Siniestro, bárbaro proyecto que pudo hacer fracasar el General Espinar presentándose á bordo del vapor en que habian de atravesar la bahía, logrando calmarlos despues de oír y refutar las mas absurdas proposiciones, entre las que descuellas por su gigantesca barbarie «la de que se negase pasaporte a todo el que intentase salir de la Isla, y la de que se prohibieran las remesas ó giro de dinero fuera del pais», fundándose en que los establecimientos no vendian nada, que estaban todos arruinados: ¡famosas frases que son el verdadero reflejo de su patriotismo, que elocuentemente esplican es el dinero su único móvil, por lo que exclusivamente se animan y pelean! Mucho sufrimos ese dia: salvados del peligro que tan de cerca nos amenazara, padecemos lo que no es decible, al saber que en la Habana habia circulado la voz que se habia ejecutado, de que era ya un hecho consumado, el degüello general de los presos: por un refinamiento de cruel barbarie, al dia siguiente no permitieron la entrada á nuestros familiares ó amigos, impidiendo tambien á los criados se aproximasen al calabozo con las cantinas: no tuvieron bastante con esto, sino que desde ese dia empezaron a circular por los calabozos ideas de envenenamiento que nos hicieron temer trataran de poner en planta, sirviéndose para ello del agua o del café que tomábamos al cantinero de la fortaleza. ¡Dias bien amargos fueron estos para nosotros; bien pronto otros habian de borrar la impresion por ellos producida, aumentando nuestras angustias, creándonos nuevos dolores!

El dia 28 de Febrero, como á la una de la tarde, se hallaba D. Benigno Gener hablando con un hijo suyo preso en el calabozo de la derecha inmediato al nuestro, y en una de las ventanas de este D. José Miguel Fernandez Morera con su hermano José Manuel. Oimos de repente turbulentas voces, gritos de ¡á las armas, á las armas! Vimos que multitud de voluntarios corrian á los armeros y volvian con los fusiles preparados, cargando los otros; que un gran número, creyendo perder tiempo, si por ellos iban, blandian en sus manos bayonetas o puñales; que en desordenado tumulto se dirijen hacia los dos calabozos, el nuestro y el inmediato, y que arrancando violentamente y maltratando a culatazos y empujones, poniéndoles al pecho la punta de las bayonetas y puñales, arrojan violentamente á los Sres. Gener y Fernandez Morera de las ventanas en que departian con su hijo el uno, con su hermano el otro. Atónitos contemplábamos nosotros esta incomprensible escena; de repente el centinela colocado frente á nuestro encierro, prepara el arma, apunta, hace fuego, la bala dá en la parte alta de una de las ventanas de nuestra prisión; preparáse nuevamente á cargar el fusil; acuden los demas voluntarios;

prodúcese un motin; mil y mil voces piden nuestra muerte; llegamos nosotros á creer que realmente se ha presentado el momento de perecer, ignorando la razón ó por qué de esta alarma, de este mayor encono; la causa que haya podido producir un conflicto que exija como resultado nuestro sacrificio. En tan críticos momentos formamos con los catres una especie de antemural delante de las ventanas y puertas; con las barras de otros que precipitadamente se desarmaron y rompen, con las botellas vacías que tenemos en un rincon, con la poca cal que nos queda de la que echábamos en el suelo para impedir hasta donde nos era dable la humedad, nos preparamos a una defensa, que si bien ha de ser inútil para nuestra salvacion, servirá al menos para que nuestra muerte no sea tan ridícula, tan gratuitamente comprada, tan fácil y cómodamente conseguida. Cuando el alboroto llegaba á su summum, cuando sanguinolenta su mirada debian ver de color de sangre todos los objetos aquellos tigres sedientos de la nuestra; cuando ya el ruido de las llaves de los calabozos nos indicaban claramente que nuestro último momento habia llegado, acudieron los oficiales y coronos del Batallón, á duras penas logran calmarlos, retíranse, en fin, amenazándonos con la accion, jurando nuestro estermínio; preséntase mas tarde el Brigadier Gobernador de la Cabaña, y ciertamente que no sabemos qué admirar mas, si su cobardía al intentar calmar al centinela, diciéndole «que confíe, que se hará justicia, que los enemigos de España tienen la culpa porque tratan de indisponer á los voluntarios; que nosotros somos una *canalla* que nos valemos de todos los medios y apelamos á todos los recursos en la rabia de nuestra impotencia y en la agonía de la revolución»; si la del centinela negando que ha disparado el arma y esplicando el tiro, diciendo «que se le ha escapado al descansar aquella»; ó si la del sargento de la guardia manifestando al centinela que ha hecho bien, que debía haber matado á alguno, con lo que hubieran muerto todos, y regalándole tres naranjas en premio de su accion salvaje.

Higinio Fernandez se llama el centinela, dependiente de una tienda de género «La Palmira», complácenos legar á nuestras familias, á todo el pueblo cubano, la deuda de gratitud que con él hemos contraido, ya que recalcitrante y trémulo de ira, con el labio inferior péndulo y balbuciente, llena de espuma la boca, ha de decirnos empuñando el fusil con rabia en la mano izquierda y agitando violentamente la derecha: «No tienen vergüenza los Ligeros, si esta noche no arden Uds. como cochinos cabr...»

Afortunadamente para nosotros, consecuentes siempre, no la tuvieron; á la mañana siguiente a la hora del relevo, formó la guardia frente a nuestro calabozo, allí permaneció mas de una hora: Higinio Fernandez estaba enfrente, y si es cierto que en los últimos momentos de la vida, queda impresa en las pupilas de los asesinados la imagen del asesino, seguro puede estar el caribe Fernandez que por largos años de existencia que les reste a los presos en los calabozos 57 y 58 de la Cabaña, será su ingrata fisonomía la impresión que sus pupilas guarden.

Pocos dias despues cae enfermo Miguel Cantero, hermano de Justo German (de Trinidad), con un fuerte ataque cerebral que lo pone á las puertas de la muerte; la falta de aire que se experimenta en el calabozo a causa de la

reunion de tantas personas en tan estrecho local, unido á que aun no se hallara completamente restablecido de un fuerte ataque de gota que lo tuviera en cama por mas de cuatro meses, y á la accion que sobre el ejercieron las influencias morales á que todos nos hallábamos sometidos, produjeron en él una especie de congestión cerebral que nos hizo temer durante tres dias por su vida, que creimos se extinguiera de un momento a otro. En la Cabaña se carece de toda clase de recursos para remediar un accidente de esta especie, pues si bien es cierto que hay un facultativo, el Sr. Valencia, y según este Sr. un botiquin, lo que contenga es para nosotros incomprensible, así tenemos derecho á espresarnos, porque enfermo anteriormente Federico Poey, y necesitando para su curacion el aplicarse cataplasmas de harina de linaza, manifestó Valencia no tener esa sustancia en el botiquin. Tres dias sufriendo atroces dolores pasó Poey hasta que logró que de la Habana le enviaran linaza, y posteriormente agua de vegeto, que tampoco pudo dárselo en la fortaleza, porque en el botiquin parece no habia sal de Saturno con que componerla. No nos atrevemos á achacar sino á carencia de recursos esta falta de auxilios, porque no queremos pensar fuera la mas cruel de las inhumanidades el verdadero móvil de tanto abandono. Cuatro médicos habia en el calabozo, los que con sus cuidados inteligentes, con los recursos medicinales que lograron de la Habana, y con el auxilio de un distinguido facultativo que á ver venía á su hermano, médico tambien, y que con nosotros se hallaba preso, se logró recobrase su salud Cantero, que en los tantos momentos de lucidez que tuviera durante tres dias no nos dirigió la palabra mas que para manifestar su gratitud y suplicarnos no permitiéramos su traslado al hospital, pues queria morir en medio de nosotros y por nosotros atendido.

En los primeros dias del mes de Marzo, furtivamente introduce un amigo en nuestro calabozo el periódico del dia, y con admiracion leemos que por la Intendencia se convoca á los dueños ó consignatarios de buques que reunan las condiciones fijadas, para que nos presenten sus proposiciones, a fin de conducir los presos políticos del Morro y la Cabaña á Fernando Póo; señálase en la citación el dia 7 del mismo mes como plazo para la presentación de pliegos. No es dable al que esto escribe llevar al ánimo del lector, por medio de la descripcion que hacer pudiera, una idea ni aproximada del efecto que la lectura produjo en nuestros ánimos. Sorprendidos como nosotros todas las personas que lograban podernos ver, también como nosotros creyeron que la medida no podia ser general; hablábase de causas ya formadas, y como a ninguno de nosotros se nos tomara la mas mínima declaración, nos creiamos exentos de tan atroz medida, sin embargo de que la frase *todos los presos políticos* que contiene el anuncio oficial de la Intendencia, no deja lugar á dudas é invalida todo el comentario en contra. Pasa el dia 7, nada sabemos sobre si hay ó no buques; tres ó cuatro dias despues preséntase á la puerta de nuestro calabozo un oficial, y nos manifiesta que nos preparemos (sin fijarnos tiempo) para embarcarnos con destino á Fernando Póo; creimos que el embarque seria aquella misma noche; recojimos las dos ó tres mudas de ropa que en la prision teniamos, y sin mas equipaje y careciendo absolutamente de dinero,

nos preparábamos para salir, pasando la noche en la mas cruel ansiedad, despidiéndonos mentalmente de los seres queridos que dejábamos en Cuba, y á los que quizá no volveríamos á ver mas; llorando por la situación en que quedaba nuestro pais, sujeto a las mas espantosa anarquía, sin mas gobierno que la voluntad de los voluntarios, en su mayor parte escolta de todas las provincias de España.

Algunas personas logran vernos al siguiente dia; por ellas sabemos que el buque que nos ha de conducir aun no está listo, será el transporte de guerra *San Francisco de Borja*, que está en el arsenal recorriendo su máquina, proveyéndose de carbon, surtiéndose de víveres, trabajando en él carpinteros para hacer diversos compartimentos. Dícese tambien que no todos van á Fernando Póo, que aquí solo irán los encausados, que los que no tienen causa quedarán en Canarias unos, en Cádiz otros; estas noticias generales, las particulares que de su familia ó amigos recibia cada uno, fueron una tortura perenne para nuestros cerebros, un dédalo de dudas, un mar de esperanzas ó un abismo de decepciones, que moralmente nos quebrantaron, que nos hicieron sufrir muchísimo. Transcurren algunos dias y leemos el aviso dado por el Capitan general que las familias pueden proveer á los presos de todo lo que necesiten para su deportacion; ya no puede caber ninguna duda despues de este anuncio, y sin embargo mil noticias contradictorias sobre el dia de salida, el número de deportados, el lugar de la deportación, no nos permiten un momento de tranquilidad; sujétase á mil interpretaciones la menor palabra, la mas inocente seña ó la acción mas insignificante; apenas se duerme, el menor ruido nos despierta, temiendo vengan á buscarnos; y como sucede siempre cuando el ánimo se encuentra sobrecitado, ocurren una porcion de hechos que vienen á dar fuerza á este estado febril. Una noche, y á hora desusada, se abrirá el calabozo, entrará un sarjento de ejército y pasará lista, con objeto de revisarla, según dice, haciendo guiños con los ojos, á media voz, como en secreto y con aire misterioso; otra noche correrá la oficialidad de voluntarios apresuradamente de un lado á otro; oirémos abrir y cerrar calabozos, oirémos preguntar á lo lejos «¿ya salieron todos de ese? ahora los de mas arriba», y apresuradamente reuniremos nuestra ropa e inútilmente recogeremos las camas. Todas estas impresiones chocarán abiertamente con lo que nuestras familias nos dicen: unos dias será que aun no es una cosa definitiva nuestra salida; otros que aunque se efectúe va despacio; que el buque en una semana no está en disposición de salir. En este estado de incertidumbre preséntase en el calabozo, el dia 17 de Marzo, por la mañana, el Gobernador de la Cabaña, Brigadier Salcedo, y nos previene «tiene el sentimiento de manifestarnos de órden del Excmo. Sr. Capitan General que nos preparemos para salir de la Habana, *pronto, muy pronto*; no nos dice para donde, lo preguntamos y espresa que lo ignora; se le demanda si la salida será en el mismo dia ó noche, y contesta que aunque cree que no, no lo puede tampoco asegurar. Esta continuada duda hace llecemos una vida de agitacion que en parte transmitimos á nuestras familias, á las que exigimos nos remitan con urgencia ropa y dinero; no todos lo consiguen, porque avecindados en jurisdicciones lejanas, no hubo

tiempo para ello, lo que ha hecho que muchas personas pudientes tuvieran que embarcarse sin mas ropa que la puesta, sin otro dinero que las cortas cantidades que para los gastos precisos nos dejaran en el bolsillo al ser rejistrados cuando ingresamos en la Cabaña. Desde el dia siguiente pudieron los presos que lo desearon salir á la habitacion del Gobernador á estender poderes o hacer sus disposiciones testamentarias, y desde este dia tambien con lentitud se empezó á hacer la devolucion de las cantidades que quedaron en depósito á nuestro ingreso, así como tambien las carteras y otros efectos que nos habian secuestrado. En el *Borja* hemos oido mil quejas sobre no devolucion de determinados objetos de valor y de algunas cantidades; mas ó menos abonado fuera la causa de esta falta, á achacarlo á otro móvil que no fuera honroso. El sábado 20 de Marzo, á las diez de la mañana, el Gobernador civil, Sr. Lopez Roberts, acompañando del Gobernador de la Cabaña y otros gefes, entra en todos los calabozos, donde toman nota de los bultos de equipaje que en cada uno hay, dándonosos á entender serán conducidos á bordo por cuenta del Gobierno. En este dia trasladaron á la Cabaña, atados codo con codo, los presos del Morro, á los que obligan á cargar sus maletas, muchas de las que abandonaron en el camino imposibilitados de llevarlas. Esta circunstancia y el conocimiento de dificultades que se presentaban para la traslacion á bordo de los equipajes, nos hizo experimentar mil angustias, que afortunadamente habiamos de ver desaparecer, porque la circunstancia de ser domingo el siguiente dia, permitia al presidio de la fortaleza hacer este servicio, por la gratificacion de medio peso por bulto.

La tarde de este dia y toda la noche los voluntarios, parodiando la música de la popular cancion cubana el «negro bueno», entonaron cantares alusivos á nuestro embarque y deportacion; canciones cuya letra recordamos y no reproducimos aquí por no permitir la decencia se escriban las abundantes obscenidades que las componian. En la noche de este dia, se presenta el Gobernador, se halla preso Francisco Cairo, y le dá la enhorabuena, manifestándole está autorizado para decirle que él no sale. Amanece el 21, como a las ocho de la mañana el Gobernador vá de calabozo en calabozo advirtiendo que el embarque es á las diez; poco tiempo despues entran varios sargentos y cabos de presidio á practicar, á la vista de varios oficiales, el mas minucioso registro en nuestros equipajes, quitándonos las tijeras, cortaplumas, pinzas, estuches de cirujía, botiquines homeopáticos, tenedores y mecheros. el presidio se hace cargo de los baules y maletas: á última hora el Gobernador dice á Cairo que tiene el sentimiento de comunicarle que á pesar de lo que le manifestó la noche anterior, vá á embarcarse, pues la imprudencia de varias señoras y señoritas de la Habana, entre las que nombra a las de Morales, hace necesaria esta medida: poco tiempo antes Cairo no habia querido recibir, por lo que dijera la noche anterior, el dinero y equipaje que le llevara un pariente suyo, á quien á mas habia entregado alguna cantidad en billetes que tenia en la prision. Ya empiezan á salir los presos; nosotros sin almorzar, pues no han consentido la entrada de las cantinas, esperamos en febril disposicion vengan á buscarnos; sentimos abrir los calabozos próximos; poco tiempo despues llegan

al nuestro, se nos hace salir, formar de cuatro en cuatro en medio de la calle, empiezan á atarnos brazo con brazo, colocándonos entre doble fila de voluntarios, las filas á nosotros inmediatas las forman los que nos han de custodiar á bordo durante nuestro viaje; en el extremo interior de la calle, toda ella literalmente cuajada de voluntarios arma al brazo, vemos numerosos grupos de presos; estamos á larga distancia, lo que nos impide reconocerlos: suenan de vez en cuando voces de mando; cuando no, sepulcral silencio reina interrumpido solo por el ruido de los pasos de los grupos de presos y escoltas que los custodian; de vez en cuando, aunque en voz baja, óyense las frases mas denigrantes á nosotros dirigidas; se nos ordena marchar, se nos coloca á retaguardia del último grupo de presos; mas tarde colocarán mas á nuestra espalda; vemos ya á muchos amigos nuestros, á porcion de personas conocidas; serenos, dignos todos, leemos en sus semblantes los sufrimientos pasados: parece no irémos todos de una vez; ya está completa la primera division; vamos á partir, dispónese para ello la fuerza que nos ha de escoltar; ya empezamos á marchar.

## V

De cuatro en fondo y atados empezamos á descender entre dos filas de voluntarios las largas rampas que forman el camino cubierto, á todo lo largo del que, y continuando por Casa-blanca hasta el punto en que se hallaba el vapor Francisco de Borja, formaban calle voluntarios armados de todos los batallones. Las murallas de la fortaleza se hallaban de ellos llenas, y aun con natural temor recordamos que en el ángulo elevado que formaba á nuestra izquierda la union de dos cortinas de muralla, donde hay una garita, ángulo elevado que debe tener un nombre, que ignoramos, numeroso grupo al aproximarnos, prepararon sus armas y nos apuntaron; con natural temor hemos dicho, porque teniamos y aun hoy abrigamos el íntimo convencimiento de que si cuando descendimos de la Cabaña hubiera sonado un tiro casual ó intencionalmente disparado, se hubiera hecho en nosotros espantosa carnicería; se hubieran realizado los deseos, cumplido los votos de un oficial del Batallon de Ligeros, que al comenzar la marcha, dirigiéndose á la fuerza que nos conducia, dijo en alta voz: «ea muchachos, á ver si cumplís con vuestro deber y no llega abajo con vida ninguno de esos pícaros». Segun descendiamos se desarrollaba á nuestra vista en bello panorama la bahía y parte del muelle de la Habana, cubierta la primera de sin número de botes llenos de gente, así como todos los buques fondeados en la parte de Casa-blanca; numeroso pueblo que tambien percibiamos al otro lado de la bahía, en el muelle, en los balcones, azoteas ó tejados de las casas.

Llegamos al pequeño muelle que hay al pié del camino cubierto, desde allí distinguimos miles de voluntarios no formados y colocados detras de los centinelas, que á uno y otro lado del camino que habiamos de recorrer y como á cuatro pasos de distancia entre sí, parece tenian por objeto no solo vijilarnos, sino impedir á la inmensa muchedumbre de que estaban cuajados los terraplenes, muelles, careneros y eminencias contiguas, nos atropellase; del muelle echamos

por la derecha, teniendo que pasar muchas veces, atados como estábamos, por encima de un solo tablon, sin fijar, vacilante, hasta que llegamos á una pequenísimá playa á cuya orilla se hallaba el vapor. Allí vimos que de pié sobre la parte superior de la escala se hallaban dos oficiales de marina, hácia la parte media de ella un empleado de á bordo con una lista en la mano, junto á él y en la parte inferior de la escala, un marinero que ayudaba á subir al nombrado, despues de haberle cortado la ligadura que le unia á su compañero. De repente innumerables voces de vivas y mueras llenan el espacio, vemos correr hácia nosotros una turba frenética y amenazadora, entre los que hay no pocos voluntarios, brillan al sol las armas que empuñan, los numerosísimos botes que rodeaban á cierta distancia el vapor, distancia mantenida por lanchas que llevan un cañon á proa y están montadas por marinería armada, tienden á acercarse, oimos á un oficial de marina que desde á bordo del buque y con fuerte y enérgica voz manda á los botes y lanchas armadas que no dejen acercarse ninguna embarcacion á dos cables del buque; el tumulto crece, apenas puede contener la turba la fuerza de voluntarios que nos custodia; continúan entrando presos en el vapor segun son nombrados por la lista, todos rogamos á Dios se nos llame pronto porque nuestra seguridad es incierta; suenan de repente y á lo lejos dos ó tres tiros, vemos correr la gente en todas direcciones, oimos decir que en el muelle de la Habana se están batiendo, y en este momento se nos llama, se nos corta la cuerda de cáñamo que estrangulaba nuestros brazos y penetramos en el vapor.

